

4. Los pasiegos

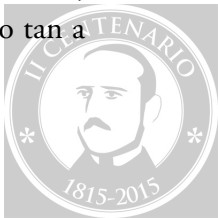


La Vega, 11 de junio, de 183...

Destinado estoy, sin duda, mi querido amigo, a cebar mi curiosidad de viajero en pueblos de montañas, porque bien sabe Dios, y tú también lo sabes, que no era mi pensamiento ni por asomo verme rondando ahora por esta tierra; pero la suerte se ha empeñado, por lo visto, en hacerme el Julio César de los galos de nuestro país, y aunque ya conoces que no tengo semejantes pretensiones, le he llegado a coger miedo y no me atrevo a disgustarla.

Salí, como te decía, de Gijón con dirección a La Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances hubimos de meternos en Santander, dándonos por muy dichosos con ello. Nuestro buque había sufrido averías de consideración, y como no salía por entonces ningún otro para La Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y heme aquí en la capital del Valle de Pas.

Alguna vez me he puesto a pensar con formalidad en mi carácter, y me parece que me voy haciendo optimista a toda prisa. Si tal sucede, Dios sea bendito, que tiempo era ya; pero lo cierto es que cuando tan a



mal traer nos traía el señor Neptuno (como le llamaban antes), bien distante estaba yo de creer que en los pliegues más escondidos de estos riscos, había de encontrar tanta originalidad en las gentes y las costumbres y tan extendido campo para mi antigua manía de observador. Porque has de saber, mi querido A..., que los paseos son gente que a ti mismo pudieran sacarte de quicio, cuanto más a un hombre de mi temple.

¿Concebirías tú un pueblo esencialmente pastor y que, así por el carácter de sus costumbres como por las circunstancias de su suelo, no puede abandonarle ni aun temporalmente; concebirías tú, digo, un pueblo pastoril y al mismo tiempo aventurero, arriscado y hasta temerario? Pues esto, ni más ni menos, es lo que por aquí sucede. Figúrate, pues, cuán nueva y extraña será la fisonomía de este país, y qué de lances y episodios diversos no tendrá su vida.

La tierra es áspera y quebrada por el lado de la montaña. El país, montuoso por la parte despejada y abierta hacia esta villa y las de San Roque de Riomiera y San Pedro del Romeral; pero por todas partes dividido en frondosas graderías y bosques, sembrado de habitaciones rústicas, y poblado de ganados, sólo ofrece imágenes de vida sencilla y campestre. Y cuando más distraído te hallas en semejantes imaginaciones, una cuadrilla de contrabandistas armados de sus enormes palos con que cruzan los barrancos, ríos y despeñaderos, ni más ni menos que pudieran hacerlo los corzos, te da a entender de una manera bastante eficaz, que no todo es paz y sencillez. Llama a cualquiera de aquellas pobres puertas y verás cómo de par en par se te abren y con qué cordial voluntad te obsequian y agasajan, ofreciéndote cuanto tienen; pero suelta como al descuido alguna expresión que pueda llamarles la atención o hazles cualquiera pregunta capaz de despertar su desconfianza, y repara con cuánto cuidado miden sus palabras, cuán evasivas son sus respuestas y con qué expresión tan marcada de suspicacia y de recelo escudriñan tu porte y examinan todos tus movimientos.

Por una parte, todo el abandono de la vida de los campos; por otra, toda la vigilancia y astucia de las ciudades; el fardo de mercancías prohibidas y las armas del contrabandista junto al dornajo de leche y el



haz de heno. He aquí, en dos palabras, la vida y el carácter de los montañeses de Pas.

Figúrate, pues, si estaré entretenido y satisfecho de mi correría. Por otra parte, el país es tan pintoresco, tan variado y tan frondoso, que los puntos de vista innumerables, rústicos todos, es verdad, y sin decoraciones de ruinas ni de recuerdos, pero risueños y frescos en sumo grado, o imponentes de todas veras y sombríos, serían capaces de contentar el alma apacible de Poussin⁹³ o el carácter agreste y enérgico de Salvator Rosa.

Como la principal riqueza del país consiste en los ganados, especialmente el vacuno, los pasiegos pastores, cuidando de su beneficio y crecimiento, varían de vivienda con las estaciones, y así es que todo el país está sembrado de cabañas y casas rústicas, circunstancias que lo hacen aparecer lleno de animación y movimiento.

La vida doméstica de estas gentes es de lo más arreglado y sencillo que te puedes figurar, así en sus alimentos, reducidos a leche y maíz, como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. Las mujeres son muy aseadas y laboriosas y sin cesar andan comerciando con los escasos artículos de su cosecha en los mercados y pueblos circunvecinos. No es esto decir que sus funciones se limiten al hogar doméstico, porque también ellas hacen sus expediciones al contrabando y, por cierto, que no ceden en robustez, aguante y sufrimiento a los hombres más recios y determinados del país. Es una bendición de Dios, como suele decirse, verlas tan blancas, tan coloradas y tan alegres con su cuévano a cuestras por montes y hondonadas, siempre cruzando sendas desconocidas y asperísimas y riéndose en su interior de los pobres empleados militares de la hacienda, que así están a punto de dar con ellas como si jugaran a la gallina ciega. Y no sólo acontece esto aquí, donde a fuer de dueñas de la casa conocen todos sus rincones, sino también en lo más llano y abierto de Castilla y de la Mancha, donde rara vez las cogen *in fraganti*. Una cosa quiero confesarte, por más que la calificques de flaqueza, y es que si algún día me toca ser ministro, diputado o cosa que lo valga, y me nombran para alguna comisión del

⁹³ Se refiere al pintor francés Nicolás Poussin y al pintor italiano Salvator (o Salvatore) Rosa. [N. del ed.].



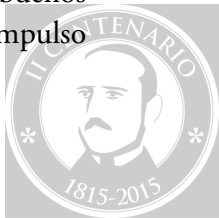
Código Penal, tengo de proponer una excepción a favor de las pasiegas en los delitos de contrabando, porque son agudas como el pensamiento y frescas como una flor del campo. Ya ves tú, si son pequeñas razones para mirarlas con buenos ojos.

Contarte los lances de la aventurera vida contrabandista sería cosa de nunca acabar; pero cualquiera que no sean ellos se estremece de pensar en sus marchas nocturnas por riscos inaccesibles y espesísimos bosques, cargados con un enorme fardo de mercancías y expuestos a peligros sin número. El modo de servirse de su palo es cosa de todo punto inconcebible para nosotros, porque a veces equilibrando el cuerpo sobre él y sin poner los pies en el suelo atraviesan cornisas, digámoslo así, de peñascos que parecen impracticables para los mismos gamos, y todo esto con una prontitud, sangre fría y destreza que erizan los cabellos.

Otras veces se les ve salvar los riachuelos despeñados y en ocasiones crecidos del país, afianzando la punta del palo hacia la mitad de la corriente, librando su cuerpo sobre él con poderoso impulso y cayendo en la opuesta orilla con un ángulo y un efecto enteramente igual al de una bomba.

Estas y otras diabluras enseña semejante clase de vida agitada y sin sosiego; pero yo, por mi parte, todavía no he alcanzado a explicarme cómo pueden llegar a tal grado de elasticidad y de fuerza los músculos del cuerpo humano. No hace mucho tiempo serviales, además, su enorme palo para defensa y ofensa; pero en el día todos los contrabandistas van armados de armas blancas y de fuego. Entre ellos los hay bastante desalmados y no es extraño, a la verdad, porque la vida tampoco da de sí otra cosa.

Las romerías en que estos pueblos se reúnen no dejan de ser animadas, pero sus danzas y diversiones no ofrecen rasgo alguno característico. Los hombres y las mujeres bailan juntos, pero los primeros coronan la fiesta bebiendo, emborrachándose y apaleándose sin compasión. El vino vale caro, muy caro en este país, y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da un impulso



guerrero que pasma. Una cosa vi que me llamó la atención, y es que en cuanto ven una persona forastera o del país que se les antoja rica, se dan de ojo mozos y mozas y, tomando los pañuelos por las puntas, se encaminan corriendo hacia ella a guisa de red barredera, y cogiéndole en medio, le sacan una propina para beber. A mí no me dispensaron del obsequio y aunque, sacando a relucir mis fueros de poeta, les ofrecía sonetos y quintillas en compensación de lo que me pedían, dijeronme que no entendían de latines y tuve que hablarles en romance de bolsillo.

Las costumbres del país son bastante puras y sencillas, sin que te sirva de regla el sin fin de nodrizas que hay en Madrid con el nombre de *pasiegas*, porque las verdaderamente tales son pocas y casadas, en general, y las demás son de las tierras circunvecinas, que se apellidan *pasiegas* para mayor abono de su salubridad y robustez. Por lo demás, las mujeres de aquí son una especie de Lucrecias de navaja al cinto, que no hay medio de avenirse con ellas.

Excusado será decirte que así hombres como mujeres son de una soberbia raza y que en ninguna parte se ve tanto vigor, soltura, frescura y robustez. El traje, por otra parte, no deja de ser airoso, particularmente en las mujeres. Llevan éstas pañuelo a la cabeza; pelo trenzado a lo largo de la espalda; arracadas o pendientes de plata dorada; multitud de corales al cuello; camisa con cabezón; pechero, especie de peto con que cubren el pecho además de la camisa; corpiño atado por delante; saya, medias de lana del país, chapines o escarpines y abarcas de cuero. En invierno añaden a esto una especie de manto blanquecino que llaman capa, chaqueta, *jostras* o pellicas, pieles con que abrigan las piernas y defienden los chapines, y, por último, *barajones*, especie de tabla triangular sujeta a la planta del pie con correas y que les sirve para sostenerse en la nieve. ¿Qué te parece que diría Hoffmann si en una noche de invierno viera deslizarse cuatro o cinco de estas montañesas a la orilla de un derrumbadero con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las *fadas*? ¿No es verdad que esto tiene su poco de fantástico, particularmente a la luz de la luna y encima de las nieve?

Los hombres gastan montera, chaqueta, dos chalecos —el de arriba de pana negra con botones de plata, y el de debajo blanco, ceñidor o faja—, calzón corto o bragas, y el calzado lo mismo que las mujeres.



Supongo que no olvidarás el célebre palo una cuarta más alto que el dueño, que tantos prodigios obra, ni las *cercetas*⁹⁴ o melenas largas por detrás que no dejan de adornarlos.

No se me ocurre más que decirte acerca de las costumbres de este pueblo y me alegro en el alma, porque ya me iba poniendo de mal humor de tanto menear la pluma.

Mañana salgo para Santander y, si Dios quiere que llegue a La Coruña, desde allí te escribiré.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, núm. 26, pp. 201-203a, 30 de junio 1839.

⁹⁴ El *Semanario Pintoresco* y otras ediciones, como la de 1961, traen *carcetas*, pero probablemente se trata de una errata, ya que no se recoge ninguna aparición de esta palabra en el CORDE. En cambio *cerceta* ya aparece con este significado de “coleta” desde el *Vocabulario Universal* de Alfonso de Palencia (1490) hasta la actualidad, ya que todavía lo recoge, aunque como anticuado, el DRAE. [N. del ed.].

